

(Se escuchan detrás de una peña acordes suavísimos de un violín, entonando un pasaje amoroso de los clásicos. Breve pausa, durante la cual Alberto y Lorenza siguen como extasiados los sonos de la música. Las figuras de Trasmallo y la Gibiona continúan subiendo por el fondo.)

JER.

(Detrás de la peña.) ¡Oh, divino maestro! ¡qué bien habla amor en sus notas!

ALB.

Todo habla en la playa de amor. ¿Qué va á decirme esa boca, Lorenza?

LOR.

La luna tiene vergüenza del amor y se oculta tras una nube. ¡Alberto!... (Esconde su cabeza en el hombro de Alberto.) ¡Sí!... El amor mío es tuyo.

(Siguen sonando las notas del violín y perdiéndose en el fondo las figuras de la Gibiona y de Trasmallo, mientras cae el telón lentamente.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

El teatro representa un huertecillo entapiado en la casa de doña Petra.

A la izquierda la casa, una casita de un sólo piso, muy humilde y acusando en las desconchaduras y quebradas de la fachada, de la falta de recursos en sus propietarios para acudir á reparaciones y revocos.

Al fondo, en la tapia, una puerta de una sola hoja, á la cual formarán marco plantas trepadoras que se extienden á todo el largo de la tapia ruinosa. Esta puerta será practicable y se hallará abierta al comenzarse la representación.

De la casa arranca un emparrado que avanza sobre el escenario.

En el centro de este, rodeando un castaño que lo endosea con sus hojas, habrá un banco circular de piedra tosca.

El resto del huertecillo será más huerta que jardín, indicando la previsión de quitar sitio á la belleza para atender las primeras necesarias urgencias de la vida.

La acción comienza al anochecer.

Al levantarse el telón aparecen en escena, sentados debajo de la parra en rústicas sillas, Mónica, doña Petra y Gundemaro.

ESCENA PRIMERA

MÓNICA, DOÑA PETRA y GUNDEMARO

PET.

Ya llovió firme esta mañana.

GUND.

Y el vendaval sopló de recio. Milagro será que á la noche no vuelva con más furia.

PET. Acabose el verano. De hoy para en adelante, sólo días tristes vendrán.

MÓN. Días tristes y noches largas, sin más compañía que la lluvia, llorando sobre las hojas de los árboles y golpeando contra las vidrieras.

GUND. Yo las acortaré con entre mis librotos y mis cachivaches antiguos, viviendo la vida de los muertos.

MÓN. Para vivirla no hacen falta tus librotos y tus cachivaches. ¡La vida de los muertos!... Todos la vivimos aquí.

PET. Si el vendaval torna, mal viaje van á llevar en el vapor esos señores.

MÓN. A la media noche se van.

PET. Tres horas llevaré de sueño cuando zarpen. Hay que achicar las noches metiéndose en la cama temprano. ¡Ya es capricho marcharse en el vapor! Bien que si no marean, más cómodo resulta el viaje.

GUND. Como el capitán es íntimo suyo y ellos han de estar uno en Roma en su puesto oficial de la Academia de Bellas Artes y el otro en Milán para los conciertos del otoño, aprovecharon la ocasión. El tiempo urge á todos y se hacen á la mar esta noche.

MÓN. (Pensativa.) ¡Esta noche! . .

PET. Siento de veras que se vayan. Son muy simpáticos los dos. Me recuerdan á tu padre. El también era artista. ¡El también soñaba en porvenires de felicidad y de gloria! Para realizarlos nos arrancó de aquí. Sueños que en la muerte encontraron despertares de angustia.

MÓN. ¡Pobre padre! ¡Pobre de nosotras también!

PET. (A Gundemaro) ¿Y tu inseparable Pepito?

GUND. Aquí vendrá con Alberto y Jerónimo. Despidiéndose del alcalde quedaron. No deben tardar mucho. Mejor dicho, nada, porque aquí los tienen ustedes. (Entran por la puerta del fondo Alberto, Jerónimo y Pepe)

ESCENA II

DOÑA PETRA, MÓNICA, ALBERTO, JERÓNIMO, PEPE Y GUNDEMARO

PET. ¿De despedida?

JER. Sí, señora. Y corta ha de ser la visita. Cuando las despedidas son dolorosas para quien las hace, no deben prolongarse.

PEPE Y que ya, entre unas cosas y otras, el tiempo se les echa á ustedes encima.

PET. De todos modos no se irán sin decirle adiós á Lorenza.

JER. Eso nunca.

PET. Pues siéntense mientras ella viene. ¡Lorenza! (Dirigiéndose hacia la casa en la cual entrará.—Al irse doña Petra, Alberto, que durante la escena anterior ha permanecido silencioso y preocupado, pasea por el fondo en la misma actitud.)

ESCENA III

MÓNICA, JERÓNIMO, PEPE Y GUNDEMARO

PEPE (Contemplando la parra.) En racimos hierve la parra. (A Gundemaro.) Tráete una silla. Robaremos unas miajas á doña Petra.

MÓN. Coge lo que quieras. (Gundemaro acerca una silla á Pepe. Este se sube á ella y comienza á cortar, mejor dicho á desgajar racimos, que va entregando á Gundemaro. Jerónimo se aproxima á Mónica. Alberto sigue paseando por el fondo.)

JER. (A Mónica) ¡Qué pena tan grande separarme de usted!

MÓN. Es mayor la mía, Jerónimo. Usted va donde le esperan gloria, aplausos. Placeres y alegría tal vez. ¿Qué me espera á mí? ¿Qué voy á encontrar cuando se vaya usted?

JER. ¡Volveré! Se lo juro.

MÓN. No jure usted. No volverá. El nuestro es un adiós sin vuelta.

JER. Mónica...

MÓN. Para no escucharle; para no no escucharme yo propia, me resigno á que este adiós sea delante de la gente. Hasta nunca, Jerónimo. Acuértese alguna vez de mí. Acuértese alguna vez de esta noche. Otra noche hubo para nosotros en que había luna en el cielo. Hoy no la habrá. Todo el cielo es nube.

JER. ¡Mónica!

MÓN. (Apartándose.) Lorenza viene con mi madre. (Aparecen en la puerta de la casa doña Petra y Lorenza.)

PEPE ¡Cómo se resiste el racimo! (Tirando con fuerza de un racimo.)

MÓN. ¡Y como cruje el tallo al desgarrarse del parral!...

(Llegan al centro de la escena Lorenza y doña Petra. Alberto avanza unos pasos sin separarse mucho del fondo.)

ESCENA IV

MÓNICA, LORENZA, DOÑA PETRA, ALBERTO, JERÓNIMO, PEPE y GUNDEMARO

PET. Trabajo me costó dar con ella. En la habitación última de la casa estaba metida.

GUND. (A Lorenza.) ¿Por qué tan oculta?

LOR. ¡Qué sé yo!... Ganas de estar sola. ¿Conque el adiós último?

ALB. (Desde el fondo.) Sí. El último.

PEPE ¡El último! Hasta el año próximo. ¿Tan mal les hemos tratado para que no vuelvan?

JER. Sólo atenciones les debemos. ¡Qué atenciones, cariño!

PET. Cuenten con el mío; su simpatía lo ganó. (Mientras los otros hablan, Lorenza se ha acercado á Alberto.)

LOR. ¿Pero es de veras esta noche? (A Alberto.)

ALB. Esta noche. Obligaciones inevitables de mi cargo lo exigen. Además, tú me empujas.

LOR. ¿Yo?

ALB. ¿Por qué te niegas á la entrevista que te he

pedido á solas? Sin duda desconfías de este hombre; sin duda no crees en su amor. Siendo así no te quejes. ¡Adiós, Lorenza, y ojala que seas dichosa!

PET. ¿Cuánto echan en el viaje?

JER. Menos aún que en ferrocarril. El vapor va directo y es de excelente andar. Dentro de tres horas..

ALB. Dentro de tres horas...

LOR. No, Alberto. No quiero que te vayas así. No quiero que me dejes.

ALB. ¡Lorenza!...

LOR. Cuando mi madre se recoja estaré junto á aquella puerta.

JER. (Levantándose.) ¡Ea, doña Petra!... Mucha ventura para ustedes. (A Alberto.) Vamos.

ALB. Sí. Vamos. (Se despiden.)

GUND. Les acompañaré.

PEPE Yo me reuniré con usted más tarde. Traigo encargo de Rodrigo para que firme doña Petra unas notas. (sacando unos papeles del bolsillo)

(Salen por el fondo Jerónimo, Alberto y Gundemaro. Mónica, que ha llegado hasta la puerta, se dirige á la casa precipitadamente pasando por delante de Lorenza mientras doña Petra examina las notas que Pepe va entregándole.)

LOR. ¿Dónde vas?

MÓN. A llorar. ¿Dónde quieres que vaya? (Entra en la casa)

ESCENA V

DOÑA PETRA, LORENZA y PEPE

PET. ¡Pobres hijas!... (A Pepe.) Esos dos hombres podían hacer su felicidad.

LOR. (Que ha llegado detrás de doña Petra.) ¿Verdad, madre, que sí?

PET. ¿Me oíste?... Creía estar sola con Pepe. Excusada es tu pregunta, hija. Tan excusada

como mi reflexión. Ya ves que se van. Dentro de algún tiempo os quedará el recuerdo suyo á vosotras. A ellos ni el recuerdo tal vez. (A Pepe) ¿Traes el resumen?

PEPE Sí, señora. (Entregando á doña Petra otro papel.)
PET. (Repasándolo.) ¡Atra-os!... ¡Siempre atrasos!...
¡Siempre viviendo con limosnas que se disfrazan de favores!...

(Aparece en la puerta del fondo la Gibiona, despeinada, llorosa, demostrando gran agitación.)

GIB. ¡Aquí me meto! Y de aquí ni á tirones salgo. ¡Me mata!... ¡Vaya si me mata!

PEPE ¿Qué te ocurre, mujer?

ESCENA VI

LORENZA, DOÑA PETRA, la GIBIONA y PEPE

GIB. Lo de casi todos los días. Pero hoy fué más gorda aún. El mi padre quiere comérseme á piazos. ¡Y no vuelvo á mi casa aunque me lo pidan los ángeles! ¡Cómo sacude el *condenao!*...

PEPE ¿A tanto de qué fueron los estacazos?

PET. Explicate, mujer.

GIB. A tanto de lo que no tiene remedio. Veralo, doña Petra. Lorenza, veráslo. Veráslo tú *tamién*, Pepito.

LOR. Habla.

GIB. Por cuestión de Trasmallo. Trasmallo y yo nos cortejábamos, y el mi padre y la madre suya no nos dejaban cortejar. *Pior pa* ellos. Por no dejar que nos viésemos delante de la gente, nos hemos visto solos; y ya ve... Nos hemos visto solos. Y Trasmallo es *pa* la Gibiona; y la Gibiona es *pa* Trasmallo, y no hay quien los desaparte en el mundo.

PEPE Eso ya lo sabíamos.

GIB. Pero el mi padre nos *quie desapartar*. Y no nos desaparta. No nos *desaparta manque* me haga los *güesos* polvo.

PET. ¿Qué ha sucedido?

GIB. Sucedió que salí *trempano* esta mañanita á vender *pescao* por los pueblos. Sucedió que como la carga del vapor se concluyó ayer y las barcas no salieron esta *madrugá* por mor del vendaval, Trasmallo esperábame en el cruce de la carretera. Y sucedió que fuimos juntos y que s'arremató la venta, y que Trasmallo me dijo: «¿Quieres que almorcemos en aquella *posá*, Gibiona?» Yo le dije: Almorcemos. Ya *pa* qué decirle que no. ¿Verdá usté? Como él no había *cobrao* aún del vapor, pagué yo el almuerzo. Almorzando dionos la oración. El mi padre aguardábame en la puerta de casa con el chicote entre las manos, y como llegué tarde y sin peras, empezome á batunear y á gritarme: «¡Toma, por sinvergüenza! ¡Toma, por mala hembra! ¡La mi casa cerrose para tí!... ¡Largo! ¡Largo!» Bien qui-iera largarme yo, pero él me sujetaba y ¡tras!... ¡tras!... chicotazos por todas partes. Gracias que soy fuerte y pude darle un empellón y salir corriendo. ¡El corría detrás!... Yo quebrele en una callejuela, salté una cerca, metime por la pasadera y aquí estoime, á la *mercé* de ustedes hasta que Trasmallo disponga, que á la mi casa yo no vuelvo. A la postre ello tiene que ser. ¿Qué más da un día que otro? Vuelve á tu casa, criatura.

PET.

GIB. ¡Volver *pa* que me rematen á golpes!

PEPE

GIB. ¡Y que el padre tuyo tendrá vino!

PEPE

PEPE Pues todo ese vino se le va á subir á tus costillas.

LOR.

LOR. Entonces, quédate. Si donde vives estás mal y si tu alegría está con Trasmallo, quédate aquí hasta que venga Trasmallo y resolváis juntos.

PET.

GIB. ¡Niña! ¿Y el escándalo?

GIB.

GIB. No hemos dádole flojo ya. ¿Cree que el mi padre se abozalaba *pa* decir los motivos de su eniado á la gente?

PET.

GIB. Es que así la gente dará á tu padre la razón. Ni somos los primeros, ni seremos en la al-

dea los últimos. Lo que dice Trasmallo. Mientras en el mundo haya querer cosas muchas de estas veranse.

PET. ¡Qué demonio, qué demonio de chical...
(Aparece en la puerta del fondo Trasmallo, que se detiene en el dintel quitándose la boina.)

TRAS. ¿Hay permiso?

ESCENA VII

LORENZA, la GIBIONA, PEPE, DOÑA PETRA y TRASMALLO

GIB. Trasmallo.
TRAS. Cortáronme el paso. Díjome Pepota que te vió cruzar la pradera y meterte aquí; y aquí me entro con permiso de la señora, á preguntarte despues del paso, qué te parece que debemos hacerle. ¿Hay licencia *pa* preguntarlo, doña Petra?

PET. ¿Lo que hay qué hacer?

TRAS. Sí.

PET. Convencer á ésta para que vuelva con su padre.

TRAS. ¡Con su padre!... Bien lloraba tu madre pi-diéndole porque volvieses. Pero el tu padre dijo á voces que en la casa no entrabas y arancó la puerta y echóle llaves y cerrojos y todo está *escuras* y ni revolotear una mosca se oye tan siquiera. De la casa despídetes.

GIB. Bueno. Siéntolo por los *pequeñucos*.

TRAS. El mal es que no vas á pasarte la noche dando vueltas por metá de la calle.

PET. Eso estaría peor aún.

TRAS. Si anduviésemos por la ciudad arreojo tendríamos. ¡Aquí!... ¡Si doña Petra fuese tan buena que te arrecogiese hasta mañana al ser de día!... Porque en siendo que sea día ya me las compondré yo *pa* que no falte casa.

LOR. Sí, mamá, que se quede. Lugar de sobra hay por allá dentro.

PET. Si en tu casa no te abren y no tenéis otro sitio mejor... Pero á condición de que mañana vuelvas con tus padres.

GIB. ¿A qué tornar?... ¿A que haga padre con mi cuero una criba?

TRAS. Los golpes de hoy son los últimos suyos que recibes. De hoy *pa* en adelante tienes bastante con los míos. Si el tu padre te alza la mano conmigo se las habrá de ver.

PET. Su padre es. Derecho le asiste sobre ella.

TRAS. ¿Derecho? Mayor me asiste á mí. ¿No es *verdá* tú, Gibiona?

GIB. ¡Y tanto!

PEPE. Es la escritura. Por seguir á un marinero, reniega del padre y de la madre.

TRAS. Doña Petra, gracias por la posada.

GIB. (A Trasmallo.) ¿Y tú? ¿*Ande* quedarás?

TRAS. Mira, bien sabes que la casuca esta da sobre la mar, *ande* hace la mar una ensenada. Allá iré yo con mi barca y allá velarete hasta el amanecer. En la pared hay una ventana, la del *desván ande* dormirás tú, porque tú duermes en el *desván* .. No se enfade por lo que diga doña Petra, que la ventana está muy alta. Asómate á ella y platicaremos tal que si empezásemos á novicar. Y gracias otra vez, doña Petra, y no quiero serle *cansao* y *ustés* disimulen. (Dirigiéndose hacia el fondo, andando para atrás.)

PEPE. Guarda que salgo yo contigo. Por el camino me dirás cómo te las vas á componer mañana.

TRAS. Facil es, que pagáronme en el vapor y la carga dió un *puñao* de duros. (Sonando el bolsillo del pantalón.)

GIB. Guarda los duros en la faja que en el bolsillo pueden caer.

(Salen por el fondo Pepe y Trasmallo.)

ESCENA VIII

DOÑA PETRA, LORENZA y la GIBIONA

PET. ¡Vaya, mujer, vaya! Todo son disgustos en la vida.

GIB. Tamien la mi madre los tuvo con mi *agüelo*.

- PET. A cerrar la puerta, (se dirige á la puerta del fondo y la cierra.) que va para rato se hizo noche, v á dormir. ¿Vienes tú, Lorenza?
- LOR. No tengo sueño aún. Charlaré un rato con Gibiona y después entraremos. Yo me encargo de enseñarle su habitación.
- PET. Hasta mañana, pues.
- LOR. ¡Adiós, madre mía! (Abrazando con fuerza á su madre.)
- PET. (Biendo.) Fuerte abrazas.
- LOR. ¡Es que te quiero mucho! (Entra doña Petra en la casa.)

ESCENA IX

LORENZA y la GIBIONA

- LOR. ¿No te da miedo irte con él?
- GIB. ¿Qué remedio!
- LOR. Si le tuvieses, ¿no te irías?
- GIB. Quizás y que dijese, no; pero haría, sí. Le quité, Lorenza; metíoseme el endino en el alma. Con sus palabras enganchome y tras el su aparejo fuíme como tonta. Iriame cien veces *ande* me llevara él.
- LOR. ¿Y no te dueles de la desazón de tus padres?
- GIB. Ya haranse. A la larga, si hay nietos y ello remata en boda como suele ocurrir, contentos andaremos todos.
- LOR. ¡Qué feliz eres tú, Gibiona!.. Sin salir de la aldea hallas tu ventura. Con él puedes realizarla. ¡Quién pudiera ser lo que tú, una pescadora y poner su ideal en un hombre como Trasmallo!..
- GIB. ¿Ideal?... ¿Qué es eso?
- LOR. Lo que hace tu realidad ignorando su nombre. Te digo que me causas envidia.
- GIB. ¿Envidia por no ser como yo? Bien fácil tienes el arreglo. Cámbiate de ropa; viste como yo, falda lisa y justillo de punto; búscate un marinero, á puñaos brincariante; ponte sobre la cabeza un cestón y á vender

- pescao* escuchando los requiebros del tu hombre.
- LOR. ¡Ay, si todo consistiese en cambiar de traje, en ser por fuera otra persona!.. Es más hondo, dentro de mí donde había de hacerse el cambio para que Lorenza fuese tú.
- GIB. No cambies, Lorenza, que pesa mucho el cestón de *pescao*.
- LOR. Pesan más otras cosas sobre el corazón.
- GIB. Tamién tengo yo peso en él. No imagines que es feria el separarme de los míos. Solo que ellos ú el otro. A ellos siéntolos. Sin el otro no podría vivir.
- (Escúchase lejos, á gran distancia, como un eco, el bocinazo de un vapor.)
- LOR. ¡El bocinazo del vapor! (Con angustia)
- GIB. Es el primer toque. Dalo tres horas antes de partirse. Tiempo le queda aún.
- LOR. ¡Tres horas!
- GIB. ¿Hacensete muchas?
- LOR. No. Pocas.
- GIB. Triste hablas. ¿Agarrósete al corazón alguno de los dos viajeros? Guapos mozos estan; á lo principal el que pinta; y buenas propinas dábele al mi Trasmallo.
- LOR. (Levantándose.) Anda, Gibiona, que te voy á enseñar tu cuarto.
- GIB. Será él, el desván.
- LOR. No temas. No te privaré de mirar á Trasmallo. (Llegando con Gibiona hasta la puerta de la casa.)
- GIB. A buen tiempo dijiste vamos, porque *escominencia* á gotear.
- (Entran en la casa las dos y comienza á oirse el ruido monótono y triste de la lluvia golpeando contra las hojas de los árboles. Lorenza sale de la casa, entorna la puerta; pone atención á todas partes y luego se dirige hacia la puerta del fondo que abre con gran cuidado. Apenas abierta la puerta del fondo, entra por ella Alberto.)

ESCENA X

LORENZA y ALBERTO

- ALB. ¡Lorenza!...
- LOR. Yo. No quiero separarme de tí; no quiero perderte. Dispón del porvenir mío. En tus manos está.
- ALB. ¡Lorenza!... ¡Lorenza de mi vida!
- LOR. Tú me lo dijiste. No quieres, no admites, no respetas más lazos entre los amantes que los del amor. Así soy, exclamaste, así está mi alma templada para amar. Sólo así puedo y necesito ser querido. No me has engañado. Franco y leal has sido desde el primer momento.
- ALB. Porque franco y leal es mi amor. Así como repugna lazos de obligación, repugna la doblez y el engaño. De ellos se sirven otros hombres para hacer á una mujer suya y abandonarla una vez satisfechos su vanidad y su capricho. Ni por un instante quise con dobleces y engaños ganarte para mí. Con ninguna lo hiciera; ¡contigo!... no es que no quiero, es que no puedo; es que mi alma necesita de la tuya; es que al ofrecértela para siempre la ofrezco. Juzga de mis ideas como te parezca juzgarlas; pero no dudes de mi amor. Indigna de tí y de mí fuera la duda. De ahí que al mirarte vacilar, al ver que te negabas á esta cita suprema, haya sentido un tormento horrible que se condensaba en esta pregunta. ¿Es que duda Lorenza de mi amor, ó es que duda del suyo?
- LOR. ¡Dudar de mi amor hacia tí!... Dudar, nunca. Acaso ignorarlo en toda su plenitud y en toda su grandeza.
- ALB. ¡Lorenza!...
- LOR. Ha sido poco á poco, hora á hora, como has ido apoderándote de mí. Ello empezó desde que llegaste, desde el primer segundo que mis ojos y tus ojos se hallaron. En el trans-

curso de estos cuatro meses, no ha habido una sola acción, una sola palabra tuya que no fuese para cautivar mi alma, para hacerla esclava de tus decisiones. Era un mundo nuevo el que venía á mí contigo. Eras tú el alguien de aquella cita con lo desconocido á que yo acudía por los montes donde se acarician las hierbas y por la playa donde lloran las olas. No me hables. Escucha aún. Aquella noche, á los reflejos de la luna que transparentaba una nube, cuando oculté mi cabeza en tu hombro, cuando me diste el primero, el único beso de nuestro amor, cuando dije, «¡Te amo!» fui yo toda entera la que se entregó á tí. Toda me había dado en el beso aquel y lo ignoraba. Hace una hora que lo ignoraba aún.

ALB. ¡Sigue, sigue hablándome de ese modo! ¡Así es como te soñaba mi pasión! ¡Como te quiero y te necesito, Lorenza!

LOR. Lo ignoraba; bien lo puedes creer. Esta tarde, antes de venir tú, encerrada en mi habitación, me decía á mí propia: «Verdad es que le quiero; que el amor suyo sería mi felicidad. Pero renunciar por ese amor á la consideración de las gentes, á la de mi hermana, ¡á la de mi madre también! poner en bocas maldicientes el nombre de mi padre; saber que mi madre llorará mucho, ¡mucho!... y dejar que corran sus lágrimas mientras yo voy á lo desconocido con un hombre á quien apenas si conozco, es una insensatez. Resulta sacrificio superior á mis fuerzas, no debo hacerlo; no lo haré. Cuando salí, salí con la firme resolución de decirte adiós para siempre. Y te vi, y vi que para siempre iba á perder tu amor, y todas mis resoluciones cayeron por tierra. En vez de murmurar: ¡Adiós para siempre! murmuré: ¡Ven, Alberto! Y ya ves, aquí estoy para ir donde tu voluntad me lleve.

ALB. Y yo, Lorenza, á cambio del amor tuyo, te ofrezco la seguridad de que serás compañera mía en este viaje de la vida; te juro que

en el mundo mío, en mi existencia de luchador, de hombre libre, capaz de bastarse á sí solo, te haré mi ángel de consuelo y de paz. No, Lorenza, no iré á ti únicamente en las horas de goces y de triunfo; á ti iré con el alma abierta de par en par en otras horas más solemnes y más augustas: en las horas de dolor y de vencimiento.

LOR.

¡Alberto!

ALB.

No receles, que el amor nuestro, el lazo que esta noche, libremente, formamos, llegue á romperse nunca. Matan el amor el cansancio y la infidelidad. Es tu amor demasiado grande para ser infiel; sobrado poderoso es el mío para que el cansancio lo destruya. ¿Verdad que vienes á mí porque no dudas de que mis palabras responden á mis sentimientos?

LOR.

Por que no dudo, y, ¿á qué no confesarte este egoísmo de mi espíritu? porque me aterra quedarme sola en este ambiente después de haberte conocido.

ALB.

Lorenza...

LOR.

Antes eran muy tristes aquí los minutos de mi existencia; crueles los días; espantosos los años. Mi imaginación, educada para otros horizontes, sufría en esta cárcel imbecil de la aldea. Soñar, soñar con el amor que tú realizas, era mi exclusiva ventura; pero en ocasiones pensaba que tales amores no existían en parte alguna; que aquí y fuera de aquí eran sueños; nada más que sueños. Ahora ya no puedo decirlo; ahora no tengo ni la alegría de negar. ¡Separarme de tí... ¡Perderte!... Mira: la lluvia cae, el aire sopla frío, el cielo está gris. Más grises y más frías son aquí las almas de las criaturas. ¡Llévame, Alberto, llévame!... (Con un estremecimiento de terror, de verdadero frío de alma.)

ALB.

¡Sí. ¡Ven! Te llevaré donde disponga nuestro amor, donde nos lleve él. (Con actitud leal y apasionada.)

LOR.

(Lo mismo.) ¡Alberto!

ALB.

Falta encontrar manera de que salgamos

sin ser notados de la gente... Al venir he visto en la ensenada con su barca á Trasmallo. Su barca puede conducirnos. El nos ayudará. Acabo de favorecerle. Además, también ama, á su modo; pero ama. Aguárdame, Lorenza. (Alberto sale por la puerta del fondo. Lorenza queda un momento mirando por ella como si viese marchar á Alberto. Momentos antes se abre la puerta de la casa y aparece Mónica en ella. Mónica avanza al encuentro de Lorenza. Esta se vuelve y, al dirigirse hacia la casa, se encuentra con su hermana.)

ESCENA XI

LORENZA y MÓNICA

LOR.

¡Mónica!...

MÓN.

¿Vas con él, hermana?

LOR.

¿Has oído?

MÓN.

Os he visto juntos. ¿Qué más para comprender que le sigues?

LOR.

Mónica...

MÓN.

Si yo hubiese oído á Jerónimo, si en el momento de marcharse Jerónimo, hubiese estado como tú con Alberto, á solas con él, ¿qué hubiere hecho yo? Acaso consistió mi virtud en la cobardía de no haberle escuchado.

LOR.

Pues bien, con él voy. Y nadie, nadie será capaz de detenerme.

MÓN.

No seré yo quien lo haga apelando al recurso cruel de turbar el último sueño tranquilo de la madre. ¿No bastará que te lo recuerde?

LOR.

No.

MÓN.

¿Tan resuelta te hallas que ni por mis súplicas de hoy, ni por sus lágrimas de mañana, desistirás, Lorenza?

LOR.

No, hermana. Le amo y necesito de su amor. Además, me ahogo aquí. Esta atmósfera concluirá por matarme. ¡No más!... ¡No

más!... ¡No podría!... Sé que no podría. Os causo menos daño yéndome que quedándome aquí. Quedarme aquí, fuera mi condenación y vuestro martirio. Es mejor que me vaya.

- MÓN. ¿Dónde vas á ir?
LOR. Donde me lleve él; donde soñé estar siempre, desde que la juventud dió su primer grito en mi corazón y en mis nervios. A disfrutar el ansia de amor que hay en mi espíritu. A romper esta nube que ennegrece mi ser todo entero. A recibir el sol cara á cara.
- MÓN. ¿No piensas en lo que puede guardarte ese porvenir á que ciegamente te arrojas?
LOR. No lo quiero pensar.
MÓN. ¡Lorenza!
LOR. Tengo confianza en él, y en mí propia. ¿Qué me vas á decir, que acaso detrás de sus palabras y de sus juramentos se oculta la perfidia? ¿Que me subirá al cielo para dejarme caer desde él?... No creo en Alberto esa infamia.
- MÓN. ¿Y si fuera así?
LOR. ¡Si fuera así!... ¡Si me engañara! ¡Si luego de subirme á ese cielo de amor me empujase y me hiciera caer!...
- MÓN. Sería horrible.
LOR. ¡Muy horrible!... Pero es más horrible todavía no disfrutar del cielo nunca. Subir al cielo y disfrutarlo bien vale el dolor de caer.
- MÓN. ¡Hermana! ..
LOR. No insistas, porque todo es inútil. ¿Hago bien? ¿Hago mal? Lo ignoro. ¿Soy mala? ¿soy buena? Puede que sea mala; pero hay algo superior á mi voluntad que me empuja. Mi amor, más poderoso que todos los respetos y todos los temores. Deja que me lleve este amor donde quiera; deja que siga mi destino. Él viene. (Poniendo atención al fondo.) (suplicante.) ¡Lorenza!
- MÓN.
LOR. ¡No has oído que él viene!... (Extra Alberto por el fondo.)

ESCENA XII

MÓNICA, LORENZA, ALBERTO

- ALB. ¡Vamos!... (Avanzando y viendo á Mónica.) ¿Tu hermana?
LOR. No receles de ella. Te sigo. (Alberto sale por el fondo.) ¡Perdóname, hermana!... Dile á nuestra madre que perdone.
- MÓN. ¡Lorenza!... ¡Lorenza! (Tendiendo las manos hacia Lorenza en actitud de súplica.)
LOR. (Abrazando á su hermana.) Dame muchos besos, muchos besos. (Se aparta de ella, llega cerca del fondo y se vuelve.) ¡El último!... Este no es para tí, hermana. Es para madre. Apriétale muy fuerte en la boca cuando se lo des.
- MÓN. ¡Oye!..
LOR. No te puedo oír. Mi alma y mis ojos necesitan otra atmósfera y otra luz. ¿Oyes? ¿Qué monótona cae la lluvia!.. Aquí todo es gris, en el paisaje y en las almas.
(Lorenza sale precipitadamente por el fondo sin volver la cabeza. Mónica se deja caer en el banco mientras suena el golpeteo de la lluvia contra las hojas de los árboles. Telón.)

FIN DE LA OBRA

OBRAS DE JOAQUIN DICENTA

El suicidio de Werther, drama en cuatro actos y en verso.

La mejor ley, drama en tres actos y en verso.

Los irresponsables, drama en tres actos y en verso.

Honra y vida, leyenda dramática en un acto y en verso.

Luciano, drama en tres actos y en prosa.

El Duque de Gandía, drama lírico en tres actos y un epílogo.

Juan José, drama en tres actos y en prosa.

El señor Feudal, drama en tres actos y en prosa.

Curro Vargas, drama lírico en tres actos y en verso (1).

La cortijera, drama lírico en tres actos y en verso (1).

El tío Gervasio, monólogo en un acto y en prosa.

Raimundo Lulio, ópera en tres actos y un epílogo.

Aurora, drama en tres actos y en prosa.

De tren á tren, comedia en un acto y en prosa.

El Místico, drama en cuatro actos y en prosa, traducido del catalán.

¡Pa mí que nieva! modismo en dos cuadros y en prosa.

Juan Francisco, drama lírico en tres actos y en verso.

La conversión de Mañara, comedia en tres actos y seis cuadros y en verso.

El vals de las sombras, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa.

Amor de artistas, comedia en cuatro actos y en prosa.

Daniel, drama en cuatro actos y en prosa.

Marinera, monólogo en un acto y en prosa.

Lorenza, comedia en tres actos y en prosa.

Spoliarium, novelas cortas.

Tinta negra, artículos y cuentos.

(1) En colaboración con Manuel Paso.

LOS IRRESPONSABLES